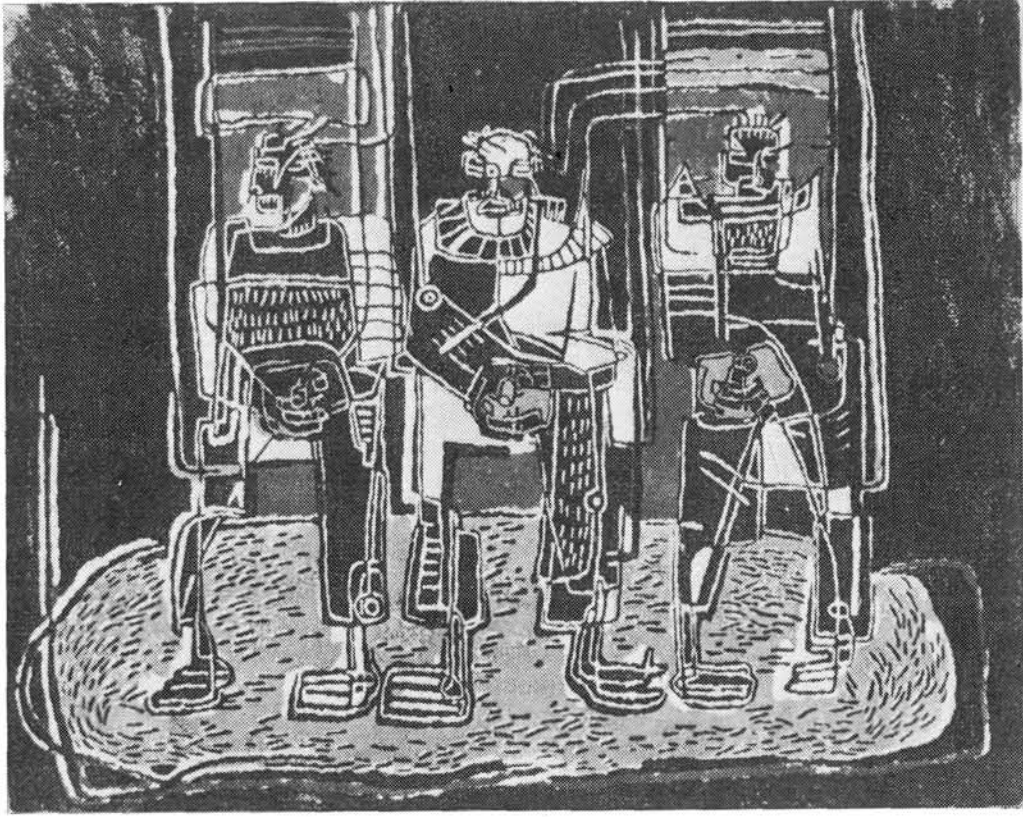


recogían en ella 55 obras de todas sus etapas, procedentes en su casi totalidad de museos y colecciones privadas de Galicia, pero reunidas por vez primera en una muestra de este tipo. Todas las obras se hallaban reproducidas a todo color y había además una parte documental en blanco y negro. El extenso y erudito estudio preliminar de María Luisa Sobrino Manzanares, será a partir de ahora un elemento de trabajo insustituible para un mejor conocimiento de este pintor gallego que no realizó tan sólo lienzos expresionistas y costumbristas, sino que dominó con un exacto conocimiento de las tendencias entonces vigentes varias otras modalidades figurativas. Su dominio del color, su ternura soterrada, su materia densa y sabiamente elaborada, el dominio de los ritmos de la pincelada y algunos hallazgos compositivos, con invención de estructuras y perspectivas insólitas, hacen de Souto un adelantado en bastantes aspectos. Baste recordar a este respecto que su buen conocimiento de toda la evolución de la pintura occidental, incluidas las vanguardias ultimísimas, le permitió realizar varios lienzos relacionables con el futurismo y algunos otros con ecos de pintura metafísica, pero sin influencia directa en ambos casos de esas dos tendencias italianas tan importantes en la evolución del arte de nuestro siglo. Souto reinventaba todo aquello que estudiaba o soñaba y todas las relaciones que puedan establecerse entre su pintura y la de otros maestros son tan solo ilustrativas, porque ninguno en concreto influyó en su quehacer personalísimo y sí tan sólo el ambiente de su época, de la que en el aspecto pictórico asumió y reelaboró algunos de los supuestos fundamentales y rechazó otros por no hallarlos en consonancia con sus propias concepciones.

La exposición monográfica de Souto formaba parte de una recuperación de valores gallegos, que se extendía a otros artistas de la región, muy ligados a Iberoamérica muchos de ellos por razones personales o políticas y residentes allí durante gran parte de su vida. Esa labor de recuperación coincide con la que están realizando la fundación Pedro Barrié de la Maza y el Museo de Pontevedra para darle cima a una total *Catalogación Arqueológica y Artística de Galicia*, en la que figuran publicaciones tan reveladoras como la titulada *Antonio Puga, pintor gallego*, último libro de la recién fallecida investigadora María Luisa Caturla.

En una larga sobremesa que poco después de inaugurada la bienal sostuvimos su director Rafael Núñez, el pintor gallego Rafael Ubeda y yo, coincidimos los tres en la idoneidad del enfoque. Tal como Núñez y su eficaz colaborador Ubeda deseaban, no hay premios en la bienal, pero sí cuatro panoramas del arte del mundo, de los que me ocuparé en el apartado próximo. No existen tampoco condicionamientos galerísticos, sino tan sólo información sobre la actualidad viva y sobre el pasado reciente —desde hace unos sesenta años— que la hizo posible. Todos los artistas vivos participan por rigurosa invitación. Los ya fallecidos lo hacen mediante préstamos de sus familiares o de los museos y colecciones privadas en los que se conservan obras suyas y tan sólo en escasísimas ocasiones se acude, para completar alguno de los panoramas, a las galerías comerciales. Creo que Rafael Núñez ha acertado al orientar así la bienal, porque: ¿Qué sentido podía tener en una región insuficientemente informada, pero ansiosa de estarlo en las mejores condiciones, realizar una bienal competitiva, a la que ya se sabe que no suelen concurrir las figuras máximas, y



Chu Lily (sección de arte del Extremo Oriente). Marionetas (Linóleo)

renunciar a ofrecer unos panoramas en los que se pudiesen seguir unas corrientes evolutivas y se comprobase una vez más que todo «hoy» realmente vivo, surge necesariamente de un «ayer» próximo, ya para asumirlo y reelaborarlo, ya para negarlo y abrir caminos inéditos?

3. Los cuatro panoramas

El primer panorama, el de los pintores gallegos, era el más abundante en maestros ya fallecidos. Ello se explica por la ya recordada recuperación de los valores regionales, pero también por el deseo de darle una ambientación generacional a la antológica de Souto. Destacaban entre ellos el escultor Xoan Piñeiro, con obras de su etapa abstracto-geométrica de formas pulcramente texturadas y emotiva búsqueda de espacios interiores, y los pintores Julia Minguillón, con su ya clásica «Escola de Doloriñas», gran lienzo cuya originalidad compositiva y cromática y cuya ambientación veraz y discreta no pierde, sino que gana grandemente con el paso del tiempo; José Frau, con esos paisajes sedosos de tonalidades fundidas y resonancias de niebla en los que los colores en sordina no sólo captan la realidad física, sino también el alma de Galicia; Carlos Maside, con su verismo de factura rápida, tan anclada en el vivir soterrado de su etnia; Luis Seoane, tan argentino como gallego, con obras de su último momento de colores, planos y mentalidad de vidriera, cima de su evolución; Virgilio Blanco, cuyo neoimpresionismo de sutiles nuencias es una mezcla de buen hacer, nostalgia agridulce y vibración del color y la luz; Urbano Lugrís, tan evocador y sugerente en sus inconfundibles planteamientos metasurrealistas y Constantino

Grandío en el momento de su figuración de entonadísimos grises desdibujados, misteriosos y evanescentes, que siguió a su «desnuda» etapa abstracta de los «Espejos» y precedió a su prematura muerte. Entre los maestros actualmente vivientes es el decano de los escultores gallegos integrados en la bienal Cristino Mallo, con sus cabezas de factura impecable y misteriosa mirada interior; el de los pintores lo es Manuel Colmeiro, con sus raigales interpretaciones de la vida de los campesinos gallegos, y el de los aguafortistas Julio Prieto Nespereira, con obras de su serie de los «peces», de factura radiográfica y textura y estructura abstractas. Entre los pintores de las generaciones que iniciaron su carrera durante el primer decenio de nuestra posguerra, se hallaban el veterano Díaz Pardo, con su manera variopinta ponderadamente expresionista; Labra, con su abstracción geométrica en orden purísimo; Elena Gago, con su realismo mágico enternecido e íntimamente acogedor; María Antonia Dans, con colores más densos y la misma fragancia popular que en ocasiones anteriores; Patiño, cuyo color es tan rico como siempre, pero con mucha mayor tensión lineal en su movida abstracción; Lago Rivera, con delicados paisajes de la época inmediatamente anterior a la de su lúdico neopop y Rafael Ubeda, cuyo momento expresionista actual es de una conseguida plenitud y supera incluso en rigor y fuerza al de los días lejanos en los que fue una de las figuras más representativas del grupo internacional Zebra. Entre todos los citados y los más jóvenes, igualmente importantes muchos de ellos, constituían un panorama suficiente de la evolución del arte gallego a lo largo de los últimos sesenta años.

En el panorama nacional figuraban, entre los ya fallecidos, Picasso con una figura de grafismo nervioso; Julio González con algunos de los bocetos de sus esculturas abstractas; Miró con obras de recio grafismo deformado y trasfondo abstracto y Ginés Parra, con alguna de sus mejores piezas expresionistas. Solana, con varias obras de recia raigambre ibérica; Zuloaga, con uno de sus densos y radiográficos retratos atónitos; Pancho Cossío, con su inconfundible refinamiento entre veneciano y turmeriano; Vázquez Díaz, con la sobria monumentalidad de su gran lienzo *Don Francisco en el palco*, y Benjamín Palencia con varias piezas de diversas modalidades, entre las que destacaba su visión aplomada de las murallas de Avila.

Entre los pintores españoles actualmente activos figuraban los catalanes Dalí, con un muy importante número de lienzos de su poco conocida etapa cubista sintética de hacia 1925, una de las más perfectas de toda su evolución; Tapiés, con una pequeña obra surrealista de su período «Dau-al-Set», y Rafols Casamada con uno de sus grandes lienzos de rica factura abstracta, así como el interhispanico Vela Zanetti, con su vozarrón de vida en intensa acción, y los madrileños García Ochoa, expresionista ardiente; Alvaro Delgado, con un interior neocubista de una etapa intermedia; Redondela, con varias obras de exquisita materia; Guijarro, con un delicado desnudo de suntuoso color; Vaquero Turcios, con un paisaje de grandes formas forcejeantes; Barjola, con una escena de dibujo delgado e inusitada factura tenue; Saura, con un dramático *Sudario XII*; Vargas Ruiz, con la sutileza y la ambientación inefable en su *Terraza de café de París*; Angel Medina, con su sabia mezcla de dramatismo y humor; Amalia Avia, con su intimismo distinguido y nostálgico, y los hermanos José y Ramón Lapayese, con una de sus impasibles puertas semicerradas el primero y con